



**EL JUICIO DE EICHMANN  
DEBORAH E. LIPSTADT  
INTRODUCCIÓN**

*Traducido por José Blumenfeld*

A comienzos de los años 1990, cuando me desempeñaba como consultora del grupo que programaba el Museo Memorial del Holocausto de Estados Unidos, asistí a una reunión del Comité de Contenidos, un grupo de voluntarios que analizaba los planes para la exhibición permanente del museo. Prometía ser una animada reunión. Se trataba de la cuestión de mostrar el cabello que los alemanes habían "cosechado" de las mujeres judías en Auschwitz y vendido a las fábricas que producían mantas y calcetines absorbentes de agua para las tripulaciones de los submarinos U. Cuando los soviéticos liberaron los campos, encontraron depósitos llenos de cabellos. El Museo de Auschwitz le había dado el USHMM varios kilos de mismo. Los diseñadores del museo planificaron exhibirlo cerca de una pila de zapatos de las víctimas, que también vinieron de los campos. Cuando el plan se propuso por primera vez, algunos miembros del comité se opusieron, argumentando que degradaba y objetivaba a las mujeres. Aunque en Auschwitz era apropiado visualizar el cabello, ellos consideraban que no debía exhibirse a un continente de distancia de allí. Algunos temían que los adolescentes, dado el mundo particular en el que frecuentemente vivían, lo encontrarían macabramente divertido. A pesar de su oposición, el comité votó nueve a cuatro por mostrarlo. Entonces, una cantidad de sobrevivientes desconfió y pidió que se reconsiderara el asunto; de ahí esta reunión. El director del proyecto había llegado equipado con argumentos académicos, psicológicos, e incluso rabínicos, para contrarrestar a los opositores.

Eruditos, incluyendo a uno de los más eminentes historiadores del Holocausto - el miembro del comité Raul Hilberg - argumentaron que el cabello debería exhibirse porque demostraba la "máxima racionalidad" de la Solución Final. Los alemanes consideraban a una parte del cuerpo como algo que debía ser transformado en un "objeto industrial" y un producto vendible. Los psicólogos creían que la exhibición del cabello no sería más desconcertante que muchos otros aspectos de la exhibición. Destacados rabinos ortodoxos determinaron que exhibirlos no constituía un *hamet nivul*, una profanación del muerto, y no transgredía ninguna regla religiosa. En un intento por disipar algunas de las objeciones, los diseñadores propusieron construir un muro frente de la vitrina en la que se exhibiría. Los visitantes tendrían que decidir verla y no simplemente pasar delante de la misma.

Pero entonces dos miembros del comité, ambas sobrevivientes, se levantaron. Una





argumentó que esto sería una "violación de la identidad femenina". La otra habló más personalmente "Ese podría haber sido el cabello de mi madre. Ella nunca les dio permiso para exhibirlo". Cuando se sentó dijo, de costado, "Podría ser mi cabello". La conversación terminó pronto. No hubo votación, pero todos los presentes supieron que la decisión había sido tomada. Cuando nos íbamos, un miembro del comité le musitó, a nadie en particular: "No me opongo al cabello, Pero, ¿quién soy yo para desafiar a los sobrevivientes?" Poco después, el presidente del Comité de Contenidos anunció que el cabello no sería incluido en la exposición permanente. Hoy en día está en un depósito fuera de Washington. Nunca se ha exhibido. Los sobrevivientes, hablando en primera persona del singular, tenían una autoridad semántica, histórica y moral que triunfó sobre los psicólogos, diseñadores, historiadores y otros expertos.

Pero para el juicio de Eichmann, esto nunca podría haber ocurrido.

Este juicio, cuyo principal objetivo era enjuiciar a un nazi que ayudó a organizar y llevar a cabo el genocidio, transformó la vida y la sociedad judía, por más que se juzgaba a un asesino. En el mundo en general cambió nuestra percepción de las víctimas de genocidio.

El 11 de abril de 1961, el teatro Beit Ha'am, el nuevo centro cultural de Jerusalén, estaba repleto. Más de setecientas personas llenaban la sala para el juicio de un hombre acusado de ser el jefe de operaciones de la Solución Final. Los diarios de todo el mundo publicaban las noticias de este evento. Las cadenas de televisión estadounidenses transmitían emisiones especiales. Este no era el primer juicio a un nazi. Sin embargo había más periodistas en Jerusalén de los que habían ido a Nuremberg. ¿Por qué este juicio, que comenzó justo después de la celebración de Pesaj, fue diferente que los juicios de Nuremberg, donde se había juzgado a figuras mucho más prominentes en la jerarquía nazi? Algunas de las diferencias estaban conectadas con el *cuándo* de estos dos eventos. Nuremberg se produjo en el período inmediatamente posterior a la guerra, cuando mucha gente quería un respiro mental de los horrores de los cinco años anteriores. En Nuremberg había habido varios sentados juntos en el banquillo de los acusados. Ahora había un hombre solo. El drama de este procedimiento era aún más intenso por la forma en que Eichmann había sido llevado a juicio. Capturado en Argentina, había sido sustraído del país a Israel. Incluso entonces, un año después de su captura, todavía había algún misterio sobre la forma precisa en que había sido encontrado. Pero el *cuándo* y el *cómo* de esta captura fueron eclipsados por el *quién*: quien lo encontró y, más importante, quién lo juzgaría. En Nuremberg juzgaron los vencedores. Ahora juzgaría el representante de las víctimas. Inmediatamente después de la guerra, la mayoría de las Personas Desplazadas Judías, como alguna vez fueron conocidos los sobrevivientes del Holocausto, estaban centradas en tratar de reconstruir una nueva vida, no en la búsqueda de castigo. Incluso si hubieran querido llevar a la justicia a los que habían destruido su mundo, no tenían



ningún mecanismo para hacerlo. Por el contrario, en 1961 la inmediatez de la guerra y sus consecuencias había pasado. Los sobrevivientes, cuyas heridas habían comenzado a cicatrizar por el paso del tiempo, ahora tenían más fortaleza física y emocional para exigir justicia. Lo más significativo, sin embargo, ahora existía una entidad soberana para brindarla. El Estado de Israel, que entonces estaba entrando en su año de Bar Mitzvah, ejemplificaba la emergencia de las víctimas de la impotencia que había ayudado a hacer posible la Solución Final.

El entusiasmo y el interés alrededor del juicio tuvieron poco que ver con preguntas sobre su resultado. La mayoría de las personas, tanto los que estaban en la sala del tribunal como los que estaban afuera, esperaban que Eichmann fuera declarado culpable. Lo que no se sabía era que ocurriría cuando la historia, la memoria y la ley, se reunieran en este teatro de Jerusalén, ¿La ley probaría ser adecuada para que se le adjudique un evento sin precedentes? ¿El proceso judicial proporcionaría castigo o justicia legítima? ¿Se sostendría la estrategia de defensa de Eichmann de obediencia a las órdenes? ¿Trataría de justificar el genocidio? ¿Y cuál, en todo caso, sería la lección para el futuro?

Cuando estoy terminando este libro, se acerca el cincuenta aniversario del juicio de Eichmann. Ese acontecimiento es una parte vívida de los recuerdos de mi infancia. Durante ese período, la cena en nuestra casa se programaba para que pudiéramos ver las noticias televisadas de Jerusalén. Recuerdo la imagen de Eichmann en la cabina de cristal que apareció en la portada del *New York Times* en la primera jornada. En el segundo día del juicio, si los soviéticos no hubieran lanzado al espacio, y traído de vuelta con seguridad, a Yuri Gagarin, la noticia del juicio habría sido *la* historia principal. Como una niña de trece años de edad, estaba intrigada de que algo tan profundamente conectado con judíos hubiera sido presentado de forma tan destacada. En ese punto del tiempo, mi mundo estaba principalmente dividido en judíos y no judíos. Prácticamente todo el mundo en mi círculo inmediato - compañeros, vecinos y amigos - era judío. Si me hubieran pedido recordar aquellos años, habría contado acerca de la próspera comunidad judía en la que vivía. Y habría insistido en que nunca había encontrado siquiera un indicio de antisemitismo. Y lo habría dicho a pesar de saber que había barrios en los que los judíos no podían vivir y empresas que no emplearían judíos. Había oído a los hermanos mayores de mis amigos decir que, a pesar de sus sobresalientes calificaciones y antecedentes académicos, no ingresaría a una particular universidad de la Ivy League porque su cuota judía estaba completa. En el octavo grado ya sabíamos que no debíamos considerar ciertas universidades porque, para un estudiante judío que vivía en un barrio judío y asistía a una escuela judía, era excepcionalmente difícil lograr ser admitido. En lugar de estar escandalizados por esto, lo aceptábamos, me avergüenza decirlo, como un hecho de la vida. Así es cómo eran las cosas. En 1961, John Kennedy acababa de convertirse en



presidente. Recuerdo cuán perpleja estaba durante su lucha por la nominación Demócrata a la presidencia por el debate en los medios de comunicación sobre si un católico "podría" ser presidente. Mi razonamiento a los doce años de edad era sencillo: Todos en Estados Unidos eran cristianos o judíos. Era obvio que la presidencia estaba fuera del alcance para los judíos. Cristianos blancos, en particular los privilegiados como Kennedy, no enfrentaban esas barreras. ¿Por qué, entonces, debería haber algún cuestionamiento sobre su candidatura? Cuando miro hacia atrás, hacia esos años, estoy desconcertada, no por mi falta de comprensión de la diferencia entre el protestantismo y el catolicismo, sino por mi aceptación de que ciertas avenidas estaban cerradas a los judíos. (Mis padres estaban mucho más indignados por esto que yo. Por el contrario, yo era muy consciente y estaba profundamente preocupada por el hecho de que los afroamericanos eran objeto de terrible y violenta discriminación.)

A este simplista y bastante ingenuo mundo vino el juicio de Eichmann y el Holocausto. Me llevaría una cantidad de años comprender plenamente que los horrores por los que Eichmann estaba siendo juzgado habían brotado de la mismísima tierra antisemita que mantuvo a los niños judíos fuera de las universidades de primera categoría, y a los graduados judíos fuera de los puestos de trabajo en muchas empresas prestigiosas. Finalmente llegué a comprender la interconexión entre estos fenómenos. Sin embargo, nunca soñé que desde esta tierra también brotaría un movimiento que tendría un dramático impacto en el curso de mi propia vida y que me atraparía en una compleja batalla legal. Mi encuentro personal con el odio contra los judíos que está en la raíz la negación del Holocausto comenzó con unas pocas páginas de mi libro *Negar el Holocausto: El Creciente Ataque a la Verdad y la Memoria*. Describía a David Irving, un escritor británico, como el principal negador del Holocausto del mundo. Irving era un prolífico escritor cuyos libros eran reseñados en *The New York Times*, *Times Literary Supplement*, y otras prestigiosas publicaciones. Uno de sus libros afirmaba que Hitler no sabía del Holocausto y que cuando se enteró trató de detenerlo. Después de merodear por los bordes del movimiento negacionista durante más de una década, Irving testificó en 1988 en el juicio del negador Ernst Zündel y declaró que no hubo una "política general del Reich para asesinar a los judíos", que "no hay documentos de ningún tipo que muestren que hubiera ocurrido un Holocausto", y que las cámaras de gas eran "un imposibilidad". Posteriormente continuó en ese camino de modo inequívoco. Explicando a un periodista por qué había eliminado todas las referencias al Holocausto de una nueva edición de su libro sobre Hitler, dijo: "Si algo no ocurrió, entonces ni siquiera hay que dignificarlo con una nota al pie". Negó el uso de cámaras de gas para asesinar judíos sistemáticamente, argumentó que no había ningún plan del Tercer Reich aprobado oficialmente para aniquilar a los judíos europeos, y sostuvo que Hitler era "probablemente el mayor amigo que los judíos tenían en el Tercer Reich. Fue él quien hizo todo lo posible para evitar que



les ocurriera algo desagradable. Teniendo en cuenta estos comentarios, nunca imaginé que yo estaba haciendo nada potencialmente controvertido cuando lo describí en mi libro como un "partidario de Hitler usando anteojeras" que "ha sido acusado de distorsionar documentos y tergiversar datos con el fin de llegar a conclusiones históricamente insostenibles". Escribí que "en algún nivel Irving parece concebirse mismo como continuador del legado de Hitler" Mis comentarios fueron muy duros pero, teniendo en cuenta lo que dijo, parecían bastante legítimos.

En 1995, Penguin UK compró mi libro y lo publicó en el Reino Unido. No mucho después, recibí una carta de los abogados de Penguin informándome que David Irving tenía la intención de presentar una demanda por difamación contra mí. Al principio desestimé esto como una amenaza sin fundamento destinada a asustarme. Incluso si su demanda llegaba a la corte, que dudaba que ocurriera, estaba segura de que el sistema de justicia británica vería el absurdo de las acusaciones de Irving y las desestimaría. Entonces no me daba cuenta de que las leyes de difamación del Reino Unido, que son la imagen especular de las leyes estadounidenses, favorecían al reclamante/demandante, poniendo la carga de la prueba sobre el acusado. Era mi responsabilidad probar la verdad de lo que escribí, en lugar de que Irving probara la falsedad. Otra singular salvaguardia estadounidense me era negada. La defensa de la figura pública tiene sus raíces en un fallo de la Corte Suprema de Estados Unidos, que una figura pública, como un escritor o un político, puede demandar por difamación sólo si puede demostrar intención maliciosa, es decir, que el escritor de las palabras sabía, o tenían buena razón para saber, que eran falsas, pero aun así las escribió. Esto, también, le habría impedido a Irving tomar medidas contra mí en los Estados Unidos. Ninguna de estas protecciones existían en el Reino Unido, y el asunto llegó a los tribunales en el año 2000. Después de un juicio que duró doce semanas, el juez dictó una sentencia de trescientas páginas que execró a Irving y validó la afirmación de mi equipo de defensa de que Irving era un negador impenitente, falsificador de la historia, y alguien que expresa abiertamente opiniones racistas y antisemitas. Entre los cientos de personas que hicieron contacto conmigo durante este período había muchos sobrevivientes, quienes dijeron que nunca, desde el juicio a Eichmann, habían estado tan ligados a un proceso judicial. Una mujer mayor dijo: "durante el juicio de Eichmann estuve impactada 'viendo' a un asesino de masas. Ahora estoy impactada, no sólo por el absurdo de un hombre con ese historial arrastrando a la corte a una consolidada historiadora, sino que los tribunales británicos tomen en serio sus afirmaciones".

La prensa británica prestó la debida atención al caso y al veredicto. Algunos establecieron paralelismos con juicio de Eichmann. *The Daily Telegraph* declaró en su editorial principal, "Este juicio ha hecho por el nuevo siglo lo que los tribunales de Nuremberg o el juicio de Eichmann hicieron por las generaciones anteriores". Dejando de lado la exageración del diario, hubo algo más que unió a los dos eventos. Unas semanas antes, los juicios se



habían vinculado de una manera más manifiesta. Durante su juicio, Eichmann escribió un libro de memorias. Después de la ejecución de Eichmann, el Primer Ministro David Ben Gurion acordó, a propuesta del fiscal Gideon Hausner, sellar el manuscrito en el Archivo Nacional de Israel. Hausner sostuvo que Eichmann había tenido amplia oportunidad para presentar su caso, y por lo tanto Israel no tenía ninguna obligación adicional de dar a conocer su versión de los hechos. A finales de los años 1990, uno de los hijos de Eichmann pidió la liberación del manuscrito. Hubo un debate sobre lo que debía hacerse. Algunos historiadores israelíes querían que un instituto de investigación alemán comentara las falsas afirmaciones de Eichmann antes de su publicación. Otros historiadores afirmaron que Israel simplemente debería liberar el manuscrito y permitir que el proceso académico normal siguiera su curso. En el espíritu de muchas otras cosas en Medio Oriente, no pasó nada. Durante mi juicio, uno de mis ex alumnos me sugirió que revisara el manuscrito para determinar si contenía algo que pudiera serle útil a mi equipo de la defensa. Nuestro objetivo era demostrar que las afirmaciones de Irving sobre el Holocausto eran mentiras. No había que demostrar que el Holocausto ocurrió. Sin embargo, pensábamos que la declaración directa del manuscrito de Eichmann sobre los asesinatos masivos, por lo menos, demostraría que Irving negaba las mismas cosas que los que habían participado en los asesinatos admitían libremente. A pesar de que era una posibilidad remota, le pedí a mi abogado que le solicitara a Israel liberar la memoria. Unas semanas más tarde, recibí una llamada del juez israelí retirado de la Corte Suprema, Gabriel Bach, que había servido como primer asistente de Hausner durante el juicio de Eichmann. Bach me dijo que el actual fiscal general había consultado con un grupo de juristas e historiadores de alto nivel y que habían acordado por unanimidad que mi solicitud fuera honrada. Incluso el primer ministro había acordado intervenir en el asunto. Al día siguiente, mi abogado, Richard Rampton, llegó a la corte con un pequeño disco de computadora de color amarillo con una versión electrónica del manuscrito de Eichmann, que acababan de descargar para él. Cuando Rampton, quien como abogado tenía la tarea de alegar o litigar el caso ante los tribunales, presentó el contenido del disco como prueba, fue la primera vez que la memoria estaba en manos del público desde Eichmann lo escribió.

Cuando regresé a mi hotel esa noche, una copia impresa del manuscrito me estaba esperando. Mientras lo leía, comparé lo que estaba experimentando con lo que había sucedido en Jerusalén en 1961. La importancia del juicio de Eichmann empequeñecía al mío. Irving no puede compararse con Eichmann tanto en términos de importancia histórica como del daño que causó al pueblo judío. Aun así, había ciertos paralelismos entre los dos eventos. Uno de estos hombres ayudó a aniquilar a una tercera parte de los judíos del mundo. El otro se había dedicado a negar la verdad de esto. Ninguno de ellos comenzó su carrera expresando abierto antisemitismo. Me parecía que ambos habían asumido por conveniencia esa postura ignominiosa, o la dejaron salir de donde siempre



había estado, cuando servía a sus propósitos. En la memoria recién liberada, Eichmann se expresó como un inveterado nazi y antisemita. En contraste con las afirmaciones que serían efectuadas por Hannah Arendt en cuanto a que no entendía realmente la empresa en la que estaba involucrado, la memoria revela a un hombre que consideraba a sus líderes nazis como sus "ídolos" y que estaba totalmente comprometido con sus objetivos. Lo más importante es que tanto *El Estado de Israel v Adolf Eichmann* y *David Irving v Penguin UK* y *Deborah Lipstadt* abordaron fenómenos que tuvieron un origen común: el antisemitismo. Sin siglos de este persistente odio, al Tercer Reich le habría resultado imposible movilizar a cientos de miles de personas a despreciar, convertir en chivos expiatorios y, finalmente, participar en el asesinato de los judíos europeos. (¿Podrían haber convencido a innumerables personas a tomar medidas similares contra los ciclistas o los pelirrojos?) La negación del Holocausto sería imposible si no fuera por siglos de antisemitismo. Los negadores construyeron sus pseudo-argumentos sobre tradicionales estereotipos e imaginaria antisemitas. Sostienen que los judíos crearon el mito del Holocausto con el fin de estafar a los alemanes en miles de millones de dólares y asegurar el establecimiento de Israel. Una vez más los taimados judíos habían perjudicado a multitudes inocentes - alemanes y palestinos, en particular - por el bien de sus propios fines financieros y políticos. Para alguien criado por en el antisemitismo, esto tiene mucho sentido.

Sin embargo, según una cantidad de opiniones, estos dos juicios fueron diametralmente opuestos. El contraste más obvio, por supuesto, es que en Jerusalén era el nazi quien estaba siendo enjuiciado. En Londres era la historiadora del Holocausto la que estaba siendo enjuiciada. Hay, sin embargo, un contraste aún más sorprendente. En Jerusalén, el testimonio de las víctimas constituyó el elemento central de la acusación. El Fiscal General Hausner determinó que sus voces debían ser escuchadas en toda su intensidad. Fue esta decisión suya, aunque cuestionable desde el punto de vista jurídico, la que les dio a los sobrevivientes, como a las mujeres que encontré en la reunión sobre la visualización de los cabellos en el Museo del Holocausto, una autoridad emblemática, casi mítica. Por el contrario, en mi juicio, no usamos sobrevivientes como testigos. Aunque nos inundaron con ofrecimientos para declarar, evitamos su testimonio por razones estratégicas. Los sobrevivientes habrían sido "testigos de los hechos", dando fe de los hechos que sucedió. Debido a que el Holocausto tiene la dudosa distinción de ser el genocidio mejor documentado de la historia, consideramos innecesario ese testimonio. No queríamos sugerirle al juez que necesitábamos testigos de los hechos con el fin de "probar" el evento. Desde el principio, uno de mis mayores temores era que mi juicio se convirtiera en un intercambio "¿Ocurrió el Holocausto?". Esto es lo que había ocurrido durante el juicio del negador del Holocausto Zündel. El tribunal se transformó en un sitio para un debate sobre si el Holocausto había ocurrido. El abogado de Zündel desafió a los



sobrevivientes del Holocausto en los detalles más ínfimos de sus afirmaciones. Historiadores del Holocausto se encontraron con que tenían que defender el hecho más básico. El matiz histórico fue destrozado. Negadores testificaron para la defensa y efectuaron todo tipo de afirmaciones extravagantes y sin fundamento histórico sobre la Solución Final. Los diarios y otros medios de comunicación informaron los debates del tribunal sobre si había cámaras de gas, si Auschwitz tenía instalaciones recreativas para los prisioneros, y otros absurdos históricos. Trataron a las afirmaciones de los negadores como hechos. Las cosas llegaron a ser tan caóticas que el jurado no pudo llegar a una decisión y el caso tuvo que volver a juzgarse. (En el nuevo juicio, el juez tomó "conocimiento de oficio" del Holocausto, y se evitó esta pesadilla). Si esto hubiera ocurrido en mi juicio, habría considerado a cualquier victoria que podría haber logrado como pírrica en esencia. Sabía que podíamos demostrar que cada una de las afirmaciones de Irving era falsa. Podíamos demostrar que Irving y, por extensión, todos los negadores construyeron sus casos sobre invenciones, distorsiones y absolutas mentiras, y que la supuesta evidencia que ofrecían para probar sus afirmaciones, no las probaba. Me preocupaba, sin embargo, acerca de un nuevo juicio Zündel ¿Los laberínticos intercambios judiciales con Irving sobre las cámaras de gas y los asesinatos masivos le sugerirían al público en general que la existencia del Holocausto es algo que debe ser discutido? Había leído la transcripción del primer juicio de Zündel. Angustiada por lo mal que, tanto al Holocausto como a la historia, les había ido en ese tribunal, había perdido el sueño tratando de imaginar cómo el juez - no había jurado - dictaminaría en el mí. Temía que el miasma del negacionismo podría dar lugar a una decisión "dividida". El juez podría fallar a mi favor, pero utilizar un enfoque "por un lado, pero por otro lado". Temía que pudiera aturdirse por la acreditada apariencia de Irving. Yo quería un juicio inequívoco y preciso. Creía que había que mostrarle al público que la negación no era un "otro lado", una "opinión" o un "punto de vista". Mi objetivo era demostrar que era un tejido de mentiras sin base histórica en absoluto. Mis temores eran vanos. El juez utilizó los siguientes términos para describir las afirmaciones de Irving sobre el Holocausto: "depravadas", "distorsionadas", "engañosas", "injustificadas", "parodias", "reprobables" e "irreales". Además, el juez encontró que la falsificación de los registros históricos por parte de Irving fue deliberada y... motivada por un deseo de presentar los eventos de una manera consistente con sus propias creencias ideológicas, incluso si eso involucraba distorsión y manipulación de la evidencia histórica. Nuestra victoria era total. La historia había tenido su día en el tribunal y había emergido triunfante.

Otra cosa vinculaba a estos dos eventos. Lo dejo para el final porque me incomodó durante todo el juicio y continúa incomodándome hasta hoy. Ben Gurion justificó realizar el juicio en Israel porque creía que Israel, como Estado Judío, tenía el derecho de hablar en nombre de los que habían sido asesinados como judíos. Hausner había comenzado su





discurso de apertura afirmando que a su lado había seis millones de víctimas. Cuando los sobrevivientes se enteraron de mi próxima batalla legal, me enviaron notas, cartas y ejemplares de sus libros. Todos venían con un mensaje similar: "Esta es mi historia. Esto es lo que me pasó a mí y a mi familia. Esto es lo que David Irving y sus seguidores quieren negar. Esta es la historia que debe proteger. Debe defendernos". Nunca había pensado a qué me enfrentaba en términos tan globales y trascendentales. Me vi como combatiendo contra un pseudo-historiador también involucrado en una expresión abiertamente racista y antisemita. Si yo representaba a alguien, era a historiadores que deseaban ejercer su profesión y estaban dispuestos a luchar contra aquellos que abusaban de la historia para fines nefastos. Sin embargo, a medida que mi juicio se acercaba, encontré un mayor significado para el juicio y para mí, impulsado por los sobrevivientes que estaban preocupados y asustados. Traté de asegurarles que, incluso si no ganábamos, su historia estaría segura. Dejaron de lado mis seguridades. Un sobreviviente me dijo que había asistido a una sesión del juicio de Eichmann, y todo lo que representaba continuaba. Que parecía surrealista, en el mejor de los casos, que el Alto Tribunal Inglés fuera el lugar para un negador del Holocausto que vomitó mentiras y había borrado a sus familias y la vida que una vez conocieron.

Irónicamente, al mismo tiempo que los sobrevivientes le daban tanta importancia personal a aquello con lo que me enfrentaba, también estaba recibiendo un mensaje muy diferente de otras fuentes, en particular de intelectuales y eruditos en el tema. La negación del Holocausto, insistían, era el equivalente de la teoría de la tierra plana y, como tal, no era digna de nada más que el ridículo total. Yo no debería, estos escépticos insistían, tomar en serio las acusaciones de Irving. Yo era "tonta", opinó un destacado historiador, al invertir tanto tiempo, esfuerzo y recursos en combatirlos. "Sólo ignorarlo", fue su sabio consejo. Aunque estuve de acuerdo con estos eruditos sobre el total absurdo del negacionismo, expliqué que si seguía su consejo, Irving ganaría por omisión. Debido a que el sistema de justicia británico colocaba la carga de la prueba sobre mí, no luchar resultaría en una sentencia declarándome, de hecho, culpable de difamar a David Irving por llamarlo un negador. Irving entonces podría, legítimamente, interpretar ese fallo como habiendo concluido que era legítima su versión del Holocausto de que no hubo ningún plan para matar a los judíos, ninguna cámara de gas, ninguna participación del Hitler. "¿Y qué?" Continuó el historiador. "De todos modos nadie va a creerlo". Desde mi, entonces incipiente, conciencia de la Internet, sabía que estaba equivocado. Había mucha gente que, a pesar de no aceptar plenamente las afirmaciones de los negadores, podrían preguntarse si no había alguna justificación para las posiciones de Irving.

Muchos judíos británicos no querían que luchara y me presionaban para que encontrara alguna manera "para resolver todo este asunto". Irving, estaban convencidos, "ganaría", independientemente del resultado. "Incluso si pierde", me dijo uno, "arrebatará tanta



publicidad del asunto que acabará avanzando". Anthony Julius, mi abogado, el abogado que preparó el caso, desarrolló la estrategia forense, y luego se la dio a Richard Rampton para litigar en los tribunales, les preguntó a los que me aconsejaban que llegara a un acuerdo, cuál pensaban que debía ser mi límite. ¿Dos millones de judíos? ¿Tres millones? ¿Un campo de exterminio? ¿Dos o tres? (La mayoría abandonó el asunto en ese momento). Yuxtapuse estas sugerencias de ignorar el asunto con los mensajes que recibía de los sobrevivientes. No podía mirarlos a los ojos y decirles: "Cuando tuve la oportunidad de hacer frente a esta distorsión completa de *vuestra* historia, decidí no luchar". No obstante estos escépticos argumentos, me convencí de que les debía a los sobrevivientes una lucha en toda regla contra los que atacaban su historia.

Si tenía algunas dudas sobre mi decisión, se me borraron el primer día del juicio. Frente a una sala repleta, Irving había hablado durante tres horas. Prediciendo una gran victoria, negó reiteradamente el Holocausto. Yo echaba humo de ira al escuchar las distorsiones históricas y el antisemitismo que cabalgaban sobre su discurso. Cuando la terminó sesión y salimos de la sala, ambos fuimos rodeados por periodistas. Irving, feliz, entabló conversación con ellos. Yo, sin embargo, me abstuve. Dado que no daría testimonio durante el juicio, mis abogados me habían pedido que no hablar con la prensa. No querían generar antagonismo en el juez y darle lugar a Irving para decirle: "Lipstadt no dará testimonio en el tribunal, pero anoche estuvo hablando en la BBC". Me dirigí a mi abogado, que estaba parado junto a mí, e insistí en que debería "darles algo". Se mantuvo firme: "No diga nada" Cuando debatíamos el tema, ida y vuelta, una anciana se abrió paso entre la multitud, se acercó a mí, me tocó en el brazo y desenrolló la manga de su suéter. Señalando el número tatuado en su brazo, dijo: "*Usted* es nuestro testigo". Me olvidé de hablar con la prensa.

Nunca habría traído una cuestión de negación del Holocausto a un tribunal, pero una vez me había visto obligada a entrar en ese terreno no tenía más remedio que responder con todas mis capacidades. Aunque no representaba los sobrevivientes, sentía su presencia en ese tribunal. Ellos llenaban la galería del público, me daban listas de los nombres de sus familiares asesinados. Y cuando gané, me abrazaron, rieron y lloraron conmigo. Aunque nunca tuve la intención de hacerlo, terminé luchando por ellos.

En un sentido más amplio, esto dos coros de voces - el de las víctimas para las que el mal está todavía presente y la lucha, en cierto sentido, continúa; y el de los que creemos que la batalla ha sido ganada y que los horrores antisemitas son la provincia ya sea del pasado o de los "locos" que es mejor ignorarlos - aún constituyen la base sobre la cual construimos nuestra comprensión de Eichmann, el juicio en mi contra, y su sentencia. Aunque algunos miran atrás y ven un juicio de importancia trascendental, porque llevó a la justicia a uno de los personajes clave en la Solución Final, otros desestiman tanto el juicio como al propio Eichmann como cosas de poca importancia. Acusan a Israel de





agrandar el tema con fines políticos. Desestiman a Eichmann simplemente como un "especialista" en transporte y culpan a Israel por usar el juicio para fines sionistas. Afirman que era un "payaso" burocrático que realmente no entendía lo que estaba haciendo. Estas diferencias de opinión sobre el juicio de Eichmann bien pueden ser metáforas de las actitudes hacia, y percepciones del antisemitismo contemporáneo. Algunos encuentran el abierto antisemitismo de los negadores del Holocausto como desvaríos de idiotas a quienes es mejor ignorarlos. Otros toman muy en serio estos comentarios y ven una grave y existencial amenaza para el bienestar judío. Ven un negador del Holocausto que es presidente de un país grande, uno que está a punto de tener armas nucleares, ocupando el podio de un foro mundial que fue fundado, en la estela de la Solución Final, con el mandato para detener el genocidio. Lo oyen negar la Solución Final y amenazar la existencia del estado judío. Cuando reaccionan con fuerza, los comentaristas y los políticos les advierten que están reaccionando de forma exagerada o que malentienden sus acusaciones. Para ellos las cuestiones que fueron juzgadas en Jerusalén no están muertas ni son académicas.

Los historiadores suelen insistir en que llegan a su investigación con una tabula rasa, que juzgan cada situación según sus propios méritos y no permiten que otros temas den forma a sus percepciones. De hecho, no importa cuanto lo nieguen, sus experiencias personales constituyen facetas en el prisma a través de las cuales se refracta su punto de vista de los acontecimientos pasados. Por el bien de sus lectores y de sí mismo, un historiador debe reconocer su presencia y tratar de garantizar que aclaren, en lugar de nublar, su comprensión. Y así, con mi propio encuentro con la historia, la ley, el estudio del Holocausto, y el crudo antisemitismo como telón de fondo, comencé a explorar qué sucedió en Jerusalén cinco décadas antes.

